

19—Juan

Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos.

1 Juan 2:3

El último escritor al cual nos tornamos es el apóstol Juan. Para mí, él se destaca como el que más directamente reflejó a Cristo, con sus palabras aparentando provenir directamente del corazón del Maestro. El escribió una gran parte del Nuevo Testamento y aparenta ser uno que estaba profundamente conectado con el amor de Dios, completamente comprometiéndose a obedecer a Dios y andando en la luz. Su obediencia comenzó durante su período de entrenamiento como discípulo, cuando estaba entre aquellos que Jesús orgullosamente describe como *aquellos que ya estaban limpios por medio de la Palabra que les había hablado* (Juan 15:3).

Permaneciendo en El

Pero el que guarda su palabra, en él verdaderamente el amor de Dios se ha perfeccionado. En esto sabemos que estamos en El. El que dice que permanece en El, debe andar como El anduvo. (1 Juan 2:6)

Juan evidentemente estaba perplejo por aquellos que alegaban ser Cristianos pero continuaban en pecado. Esta fue una razón por la cual él escribió en su primera carta—“*Hijos míos, os escribo estas cosas*

para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1).

Yo sé que él hubiese estado en fuerte desacuerdo con la manera en que yo vivía mi vida antes de obtener la victoria sobre la lujuria. De hecho, durante ese tiempo yo tenía dificultad leyendo su primera carta, prefiriendo escoger versículos tales como *“Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad” (1 Juan 1:9)*, mientras tenía dificultad aplicando el resto. El punto perfecto de la comunión y confianza en Cristo fue para mí algo muy temporal y pasajero. Esto no es como debe ser.

Juan había aprendido cómo obtener victoria sobre el pecado, porque una vida sin pecado fue modelada delante de él durante su tiempo con Jesús. Aquél *“que no conoció pecado” (2 Corintios 5:21)* llamó a Juan a vivir su vida para que continuamente permaneciera *“en El”*. Hasta que nosotros realmente nos tornemos de nuestro pecado y actualmente *“guardemos Su palabra”* no seremos capaces de mantener esa dulce comunión con El que El mismo ha prometido. De hecho, cualquier duda que podamos tener con respecto a nuestra relación con El desaparecerá solamente cuando finalmente *“andemos como El anduvo”*. Es entonces cuando confiadamente podemos saber que *“estamos en El”*.

Reto: Si eres un Cristiano y permaneces bajo la esclavitud del pecado habitual y dominante de la lujuria, necesitas cambiar tu comportamiento. En Cristo, hay libertad para *“andar como El anduvo”*. Es lo que El desea y espera de nosotros.

Fingiéndolo

Y este es el mensaje que hemos oído de El y que os anunciamos: Dios es luz, y en El no hay tiniebla alguna. Si decimos que tenemos comunión con El, pero andamos en tinieblas, mentimos y no practicamos la verdad; (1 Juan 1:5-6)

Juan entendió completamente como los Cristianos manipulan los problemas de pecado en sus vidas. La lujuria, particularmente, es uno de esos pecados para el cual los Cristianos hacen excusas. Como aquellos que Juan describió, muchos de nosotros—incluyéndome a mí mismo en el pasado—alegamos “*comunión con El*” aunque andamos “*en tinieblas*”—nuestras vidas sitiadas por la lujuria. Cuando alegamos comunión con Dios en ese estado, “*mentimos y no practicamos la verdad*” (1 Juan 1:6). Somos Cristianos carnales, inmaduros y—peor aún—nos rehusamos a enfrentar la realidad.

Aquellos que “*andan en tinieblas*” son los mismos que Pablo describió como “*andando de acuerdo a la carne*”. Juan regresa a este tema más adelante para que no nos perdamos este punto. “*El que dice: Yo he llegado a conocerle, y no guarda sus mandamientos, es un mentiroso y la verdad no está en él*” (1 Juan 2:4). Alegar conocer a Dios y estar en comunión con El mientras se está consumido por el pecado simplemente no es cierto.

Sin embargo, traducir lo que Juan describió en un total de seis diferentes lugares como “mentirosos” o “mentir” oscurece la verdad que él intentaba hacer evidente. El significado de raíz es “falso” (pseustes) como en “pseudo-.” Yo pienso que es justo leerlo como “fingido” o “fingiéndolo”. Ya que muchos en la iglesia aceptan o menosprecian el pecado de la lujuria y minimizan la pecaminosidad de este pecado, es fácil para ellos ser confundidos y sentir una necesidad de “fingir” que ellos están espiritualmente bien parados aunque están dominados por el pecado. Podemos hasta creer que esto es normal. Sin embargo, esta no es la vida Cristiana preparada para nosotros.

Reto: No me digas que tú vida Cristiana está O.K. si constantemente le das entrada a la lujuria en tú corazón. Observa que tú eres exactamente el tipo de persona que Juan está mencionando aquí. Estás “*andando en tinieblas*”. Deja de fingir. En cambio, camina en la luz y experimenta la comunión con Dios que la cual te estás perdiendo.

Lidiando con El Pecado

Más si andamos en la luz, como El está en la luz, tenemos comunión los unos con los otros, y la sangre de Jesús su Hijo nos limpia de todo pecado. (1 Juan 1:7)

La enseñanza de Juan aplica directamente a aquellos que están atrapados en el pecado de la lujuria. Su enseñanza es clara:

Primero, debemos “andar en la luz como El está en la luz.” Esto significa tomar la enseñanza de Jesús referente a la lujuria en serio para que podamos conscientemente abstenernos del adulterio en nuestros corazones. Más allá de esto, nos movemos hacia una comunión viva y conectada con Dios. A Juan le gusta el concepto de luz y tinieblas. “Dios es luz y en El no hay tinieblas” (v. 5). Jesús llamó a sus discípulos la *luz del mundo* (Mateo 5:14). Como debe angustiarse que aquellos que se llaman Sus discípulos están andando en tinieblas, continuamente codiciando en sus corazones.

Segundo, nosotros somos constantemente lavados de nuestro pecado. Cuando andamos en la luz, “*la sangre de Jesús nos limpia de todo pecado.*” Diariamente, cada hora y cuando sea necesario, vamos directo al lavadero de autos y salimos de allí limpios. La práctica tri-partita de confesar nuestro pecado, pedir perdón y efectivamente tornarnos de aquello que desagrada al Señor marca nuestra respuesta cuando vemos al pecado levantándose.

Confesando Nuestro Pecado

Si confesamos nuestros pecados, El es fiel y justo para perdonarnos los pecados y para limpiarnos de toda maldad. (1 Juan 1:9)

Porque somos hijos de Dios estamos muy apercibidos de cuando pecamos. Sentimos convicción. Esto hace 1 Juan 1:9 un precioso tesoro. Saber que Dios está dispuesto a perdonar nuestros pecados y limpiarnos es una promesa que nosotros—y especialmente aquellos que constantemente tropiezan—debemos de recordar. Es impresionante

que no importa que tan lejos nos hayamos desviado o que tan miserablemente hayamos fracasado, El se mantiene fiel y nos estira su brazo. Venir ante Su presencia, derramar nuestro fracaso, ser lavados de nuestros pecados y luego restaurados a comunión es un proceso que nos llena con alivio y gratitud.

Para un Cristiano como yo, que estuve atrapado por el pecado dominante de la lujuria, este versículo tomó un significado especial. Tristemente, mi pecado se convirtió en el punto de medida en mi relación con Dios. Ya que mi pecado invariablemente me separaba de Dios, necesitaba mi atención constante. Esto significó llegar a términos con él confesando y arrepintiéndome lo mejor posible. Aunque la comunión con Dios pudo haber sido restaurada temporalmente, mi arrepentimiento—tornándome de mi pecado—no era duradero. A pesar de la disponibilidad de perdón y limpieza, y mi continuo buscar a Dios, hubo una severa ignorancia que sabotó mi crecimiento como Cristiano. Tan pronto como era limpiado, otra vez tropezaba en el pecado. La casual emoción sexual ilícita—en la cual yo me había deleitado desde mi niñez—era lo que me hacía caer. Aunque yo consideraba que esto era una actividad inevitable y ciertamente disfrutable, mi ignorancia con respecto a su fatal poder no suavizó el daño que causó a mi caminar espiritual.

Yo estaba viviendo en una neblina, ciertamente no en la luz. En momentos yo subía a un árbol y experimentaba el glorioso brillo del sol y su calor. Sin embargo, luego me resignaba a la realidad de descender a la neblina del pecado, sin seguridad de mi dirección o condición.

El pecado es progresivo. Luego de permitir la mirada lujuriosa, sigue el movimiento de más pecado. La continuidad era confusa para mí, pero en algún punto, yo siempre supe que—ooohhh—¡esto es demasiado! Yo necesitaba apartarme, aplicar la verdad de 1 Juan 1:9 y ser limpio.

El cuento de Odiseo por Homero, que estaba atado al mástil cuando navegaba entre las Sirenas, es instructivo. La historia relata que cualquier marinero que escuchara la canción de las Sirenas abandonarían todo control y se estrellarían en la orilla tratando de acercarse

a ellas. Odiseo estaba determinado a escuchar la canción de las Sirenas sin ser destruido por ellas. Su solución fue que sus hombres se llenaran los oídos de cera y que navegaran entre las Sirenas mientras él permanecía firmemente atado al mástil. La disponibilidad de Dios para perdonarme era equivalente a estar atado al mástil. Me permitió deleitarme en placer pecaminoso sin ninguna supuesta consecuencia seria.

Por Esto Sabemos que Le Conocemos

Hijos míos, os escribo estas cosas para que no pequéis. Y si alguno peca, Abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. El mismo es la propiciación por nuestros pecados, y no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero. Y en esto sabemos que hemos llegado a conocerle: si guardamos sus mandamientos. (1 Juan 2:1-3)

Nuestra meta es “conocerle”. Adicionalmente, necesitamos *saber que le conocemos*. Esta seguridad proviene de obedecer “*Sus mandamientos*”.

Reto: Si estás abrumado por el pecado, reconoce la inaceptable condición de tú estado. No es parte del plan de Dios. No te engañes. Tú corazón pecaminoso está interfiriendo con tú comunión con Dios. Si tienes problemas obedeciendo los mandamientos de Dios en lo relacionado a los deseos malvados, no te desanimes. Tu pecado es una inmensa ancla en tú vida, pero toda la fuerza del poder de Dios está dirigida a perdonar tus pecados y a empoderarte para que “*no peques*”.

Madurez Espiritual

Os escribo a vosotros, hijos, porque vuestros pecados os han sido perdonados por su nombre. Os escribo a vosotros, padres, porque conocéis al que ha sido desde el principio.

Os escribo a vosotros, jóvenes, porque habéis vencido al maligno. Os he escrito a vosotros, niños, porque conocéis al Padre. (1 Juan 2:12-13)

Juan tenía una forma simple de medir la madurez de aquellos a quien conocía. Primero, estaban los pequeños niños en la fe. El podía decir de ellos que sus pecados han sido perdonados. Unos cuantos versículos más adelante, él también dice que ellos “*han conocido al Padre*”. Es por este conocimiento que nos volvemos Sus hijos. Ser un niño está bien por un tiempo, pero no es la condición en la que deseamos terminar.

Los que más le interesaron a Juan fueron los “*hombres jóvenes*”. Estos han “*vencido al maligno*”. Luego los describe como “*fuertes,*” permaneciendo en “*la Palabra de Dios*”—¡memorizando y meditando!—en su interior (1 Juan 2:14). Si aún no estás ahí, esta debiera ser tu meta. Obtener la victoria sobre el pecado es el siguiente paso para aquellos que vienen a Cristo y han sido perdonados de sus pecados. Ellos no permanecen en la derrota o constantemente se rinden al enemigo.

Los “*padres*”, aquellos que eran los más maduros son simplemente descritos como los que “*conocéis al que ha sido desde el principio*”. Una vez que el asunto del pecado ha sido entendido y traído bajo control, nuestra sed de conocerle domina nuestras vidas. Pablo conocía esta pasión bien y la expresó con gran emoción.

Y aún más, yo estimo como pérdida todas las cosas en vista del incomparable valor de conocer a Cristo Jesús, mi Señor; por quien lo he perdido todo, y lo considero como basura a fin de ganar a Cristo, y ser hallado en El, no teniendo mi propia justicia derivada de la ley, sino la que es por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios sobre la base de la fe, y conocerle a El, el poder de su resurrección y la participación en sus padecimientos, llegando a ser como El en su muerte, (Filipenses 3:8-10)

“Cesado de Pecar” “No Peca”

Pues quien ha padecido en la carne ha terminado con el pecado, para vivir el tiempo que le queda en la carne, no ya para las pasiones humanas, sino para la voluntad de Dios.
(1 Pedro 4:1-3)

Todo el que practica el pecado, practica también la infracción de la ley, pues el pecado es infracción de la ley. Y vosotros sabéis que El se manifestó a fin de quitar los pecados, y en El no hay pecado. Todo el que permanece en El, no peca; todo el que peca, ni le ha visto ni le ha conocido.
(1 Juan 3:4-6)

Tomados por sí solos, los versículos mencionados arriba nos pueden hacer pensar que los discípulos de Jesús enseñaron un tipo de perfeccionismo. Perfeccionismo es una enseñanza que dice que el pecado puede ser eliminado de la vida de un Cristiano. Esto no es lo que ellos estaban enseñando. Solo nuestro Señor Jesús fue perfecto. De hecho, al acercarnos más a Dios nos volvemos cada vez más conscientes de nuestras faltas. Como Isaías clamamos, “¡Ay de mí! Porque perdido estoy, pues soy hombre de labios inmundos” (Isaías 6:5). Nuestras oraciones siempre incluirán una plegaria para que Dios “perdone nuestros pecados” (Lucas 11:14).

Sin embargo, debemos esperar madurar para que pecar no sea nuestra respuesta inicial a la tentación y para que cualquier pecado que nos causa tropiezos sea rápidamente dejado atrás. Como lo describió Juan, “la sangre de Jesús Su Hijo nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7). Esta continua limpieza durante nuestro caminar Cristiano sucede cuando confesamos nuestros pecados y efectivamente nos arrepentimos de ellos.

Cuando Pedro usa la frase “cesado de pecar” y Juan “no peca” ellos se referían a aquellos que habían dejado de vivir en el pecado habitual y dominante. Ellos estaban propiamente permaneciendo en Jesús. Por otro lado, aquellos que continuamente dan entrada a la lujuria en sus corazones están preparando para sí mismos las dolorosas

consecuencias que vienen a causa de mantener tal hábito pecaminoso—muerte en su andar, esclavitud al pecado y falta de gozo. Estos resultados no se esperan para los hijos de Dios. Como Pedro explica, en vez de vivir el resto de nuestro “*tiempo en la carne para pasiones humanas,*” deberíamos invertirlo “*para la voluntad de Dios.*” El efecto de tal obediencia es claro—“*Os escribimos estas cosas para que nuestro gozo sea completo.*” (1 Juan 1:4).

Reto: Si deseas que tu gozo sea “*completo*” cesa de pecar.

Purificándonos

Le veremos como El es. Y todo el que tiene esta esperanza puesta en El, se purifica, así como El es puro. (1 Juan 3:2-3)

Vivimos con la esperanza de una gloria futura y esta esperanza nos motiva a obedientemente dejar de lado todo lo que es impuro en nuestras vidas. Mirando atrás a la forma en que permití que la lujuria entrara en mi vida me causa escalofríos. ¿Cómo sería “*verle como El es*” con el conocimiento que yo tenía—aun siendo un creyente de mucho tiempo—fallido en la búsqueda de pureza en mi vida?

No Ames Al Mundo

No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él. Porque todo lo que hay en el mundo, la pasión de la carne, la pasión de los ojos y la arrogancia de la vida, no proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y también sus pasiones, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre. (1 Juan 2:15-17)

El encargo de Juan en el versículo anterior es una manera apropiada de concluir este estudio. Ha sido dicho que el acto sexual es lo más cercano que la mayoría de los hombres alcanzan en forma de una experiencia trascendental. El adulterio en el corazón—la emoción

sexual ilícita—es un acto misterioso, eléctrico y placentero, pero no está destinado para nosotros. Es pecado. El mundo continuamente persigue una “nota” de un tipo u otro y la “nota” sexual es la de más fácil acceso. Sin embargo, la necesidad de una “nota” auto-generada no está presente en aquellos que hacen la “*voluntad de Dios*”.

Reto: El mundo y todos sus placeres pecaminosos nunca podrán proveerte el gozo que proviene de tener el “*amor del Padre*” dentro de ti. El “*mundo pasará*” pero si tú haces la voluntad de Dios permanecerás para siempre. ¿Por qué mantener las temporales y destructivas “*pasiones de la carne*” y “*lujuria de los ojos*” cuando el “*amor del Padre*” te es ofrecido?

Temas a Discutir:

1. ¿A qué se refiere Juan cuando dice, “No amen al mundo”?
2. Describe un tiempo cuando fingiste que estabas bien en tu vida espiritual, aunque en ese momento estabas profundamente luchando con la lujuria.
3. ¿Cómo nos enseña Juan a lidiar con nuestro pecado?
4. Describe un tiempo cuando te encontraste confesando tus pecados sin efectivamente arrepentirte.
5. ¿Cómo describirías tu madurez como Cristiano basado en la manera en que Juan describió a aquellos a quienes escribió?
6. ¿Crees que puedes describirte a ti mismo como alguien que ha cesado de pecar o que ya no continúa en pecado como Pedro y Juan describen? ¿Cómo podría convertirse esto en una realidad en tú vida?